

# EL LIBRO DE FÉNIX

NNEDI OKORAFOR

TRADUCIDO POR CARLA BATALLER ESTRUCH



# PRÓLOGO

## HALLADA

Nadie sabe quién escribió el Gran Libro en realidad.

Ah, los religiosos siempre tienen respuestas para explicar lo inexplicable. A algunos les gusta decir que la diosa Ani escribió el Gran Libro e hizo que diez hombres y mujeres, que adoraban las historias, encontraran sendas copias a la vez. Algunos dicen que fue una mera mujer con diez niños la que transcribió las palabras de Ani a lo largo de diez años. Otros dicen que un granjero analfabeto y simple lo escribió en una noche después de que Ani lo bendijera. La mayoría cree que el autor del Gran Libro fue un profeta loco, pero santo, siempre santo, que se refugió en una cueva.

Lo que yo puedo decirte es que, doscientos años después de que todo acabara en desastre, un anciano, de nombre Sunuteel, estaba en el desierto. A este hombre le gustaba pasar semanas interminables ahí fuera, cerca del sol, la arena y las criaturas desérticas. El tiempo alejado de su mujer enternecía las temporadas que pasaban juntos. Sunuteel y su esposa coincidían en esto. Eran ancianos. Poseían sabiduría.

—Vete —le dijo la esposa con una sonrisa y agarró la mano áspera y vieja de Sunuteel con su mano igual de áspera y vieja. Era una mujer hermosa, y a Sunuteel le resultaba fácil mirarla a los ojos—. Es bueno. Necesito soledad.

Había caído una tormenta unywa bastante fuerte y la anciana pareja nómada apenas había sobrevivido a la atronadora noche seca cargada de relámpagos. Un rayo había impactado cerca de su robusta tienda y había prendido fuego a una de las tres palmeras raquílicas junto a las que habían acampado. Cuando ocurrió, la esposa estaba asomada al exterior. Por suerte, había parpadeado justo en el momento adecuado. Dijo que la palmera se asemejaba a una mujer bailando en las llamas. Incluso cuando Sunuteel la arrastró al centro de la tienda, donde se acurrucaron a rezar, ella sintió una presencia. Estaba segura de que se trataba de una premonición.

El anciano estaba acostumbrado a su supersticiosa mujer y a sus extrañas intuiciones. Por eso supo que le gustaría estar sola para pensar, reflexionar e inquietarse. Cuando la tormenta pasó y ella lo animó con delicadeza a viajar durante unos días y ver qué había allá fuera, Sunuteel no se lo discutió. Cogió una tienda enrollada de piel de cabra y la bolsa de provisiones que su mujer le ofreció y le dio un beso en la mejilla. No le dijo adiós porque, en su tribu, «adiós» era una maldición.

—Te dejo mi chi para que te haga compañía —le dijo. Cada noche que pasaba fuera, su esposa preparaba un plato pequeño para el dios personal de Sunuteel hasta su regreso. Sunuteel se enganchó el portátil a la cadera, dentro del bolsillo. Después de un último beso, mucho más largo, se alejó de su esposa. ¿Creía que un ángel iría a visitarla? Los antepasados de su mujer procedían de la parte islámica de la vieja Naija. Su padre solía contarle todo tipo de historias sobre ángeles y djinn, y ella había transmitido estas historias mágicas a sus hijos a medida que crecieron.

Al cabo de unos minutos, Sunuteel sacó el portátil y, riéndose solo, extrajo la pantalla y escribió: «Hussaina, salúdala de mi parte cuando la veas, ya sea un ángel o una djinni». Unos segundos después, la respuesta de Hussaina apareció en la pantalla diciendo lo que solía decir cuando Sunuteel se marchaba: «Y tú tráeme una buena historia».

— oOo —

Dos días más tarde, Sunuteel se encontró con una cueva llena de ordenadores. Una tumba de tecnología antiquísima de la Época Oscura, de los días de la gente negra, la era de los okekes. En esa cueva, los okekes, presas del pánico, guardaron miles de ordenadores justo antes de que Ani centrara su atención en la tierra. Se suponía que esos ordenadores servían para almacenar grandes cantidades de información separada de repositorios digitales a los que llamaban espacios virtuales. De poco les sirvió: virtual o físico, todo estaba muerto, olvidado, podrido.

—¿Qué ven mis ojos? —susurró Sunuteel—. ¿Es esto posible?

Se llevó una mano temblorosa al pecho y notó el fuerte pulso de su fuerte corazón. Allí de pie no se sentía tan viejo. No, nada viejo. Ese lugar le hacía sentir tan joven como un bebé. Sunuteel, que era okeke y, por tanto, descendiente del mal que había causado que la diosa Ani trajera los desiertos, conocía la ponzoña de la Época Oscura y sus ingeniosos artilugios ponzoñosos. Y, sin embargo, siempre había querido ver esos ordenadores antiguos con sus propios ojos.

Así que entró.

La cueva estaba fría y olía a polvo, a aceite mineral, a plástico, cables y metales. Allí dentro había fantasmas; Sunuteel se estremeció al pensarlo. Aun así, se acercó a las máquinas viejas. Menuda historia le contaría a su esposa. El tercer ordenador que tocó cobró vida. Muerto de miedo, Sunuteel quitó la mano del botón de encendido que había rozado sin querer y se apartó trastabillando. La caja gris, tan grande como su mano, zumbó con suavidad y, entonces, se comunicó con el portátil que Sunuteel llevaba en el bolsillo de los pantalones cubiertos de polvo. El portátil emitió un pitido leve cuando, de forma inalámbrica, recibió un archivo grande del ordenador. Sunuteel parpadeó y luego salió corriendo de la cueva, con la certeza de que un fantasma lo había tocado.

Solo se atrevió a mirar el portátil cuando regresó a la tienda de piel de cabra que había montado junto a un baobab. Entornó los ojos para examinar el dispositivo del tamaño de una moneda y se lo acercó a la cara, ya que tenía problemas de vista. Junto al archivo que contenía los mensajes de su esposa, había un icono negro con la forma de un pájaro que parecía mirar sobre su hombro. Sunuteel lo

tocó con la punta del dedo y una voz grave de hombre empezó a hablar en... ¡inglés!

Era un archivo de audio. Sunuteel se acomodó en la tienda, sonriendo con alegría. «Madre mía», pensó. «Esto es muy raro. Qué casualidad, ¿no?». Sunuteel conocía esa lengua muerta, aunque el acento le resultaba muy extraño. Sacó la pantalla virtual. Las palabras visuales que aparecieron mientras se reproducía el audio eran rojas en vez del verde habitual. Colocó el portátil sobre la manta y luego se dedicó a mirar y escuchar.

La voz leyó un índice mientras proyectaba, de forma digital, las palabras en la pantalla delante de Sunuteel.

—Primera sección: mitología. Segunda sección: leyenda. Tercera sección: mecánica. Cuarta sección: noticias...

Sunuteel frunció el ceño al escuchar todo aquello. Al cabo de un rato, decidió pulsar en la «Trigésimo octava sección: recuerdos extraídos», porque la frase le sonaba de cuando era niño. En el colegio, la maestra les habló sobre los tiempos oscuros de hacía siglos, cuando los seres humanos se obsesionaron con buscar la inmortalidad. Hasta habían encontrado una forma de sacar y capturar los recuerdos de las mentes de las personas y preservarlos para siempre. «Igual que una estación de recogida, que chupa la condensación del cielo para convertirla en agua potable», les contó la maestra.

Sunuteel había sentido una fascinación y un orgullo discreto por cuán lejos habían llegado los seres humanos en su objetivo tecnológico. Sin embargo, su maestra le dijo que no investigara más: «Sunuteel, por esto recibimos la ira de Ani».

Y así el joven Sunuteel rechazó el pasado y miró sobre todo hacia el futuro. Le encantaban los idiomas, las palabras y las historias. Se había convertido en uno de los archiveros y declamadores más valorados de su pueblo. Podía recitar la más hermosa poesía en cinco dialectos diferentes de un okeke perfecto, pero también en el idioma y varios dialectos del imponente y poderoso pueblo nuru y en sipo, la lengua común. Y lo más asombroso de todo fue que uno de los ancianos más prominentes del pueblo le había podido enseñar inglés.

Hasta donde Sunuteel sabía, ese anciano, un hombre viejo de su pueblo al que siempre habían llamado la Semilla, era la única persona

que conocía ese idioma. La Semilla también era la única persona con la piel clara en el pueblo, sin ser él albino. Se negaba a llamarse nuru e insistía en que era «árabe», un término que se había convertido más en un insulto que en una descripción étnica del pueblo nuru. La Semilla prefería vivir entre los okekes, la gente de piel oscura y cabello de rizos apretados. Había construido una casa delante de una de las pirámides porque le recordaba a su hogar. Cuando Sunuteel era adolescente, la Semilla no aparentaba más de cincuenta años, pero su madre le dijo que en realidad era mucho mayor.

«Tenía el mismo aspecto cuando yo era niña», le dijo. Y tenía razón. Incluso ahora, cuando Sunuteel era ya anciano, la Semilla no parecía tener más de cincuenta años. Sunuteel pertenecía a una gente que comprendía que el mundo estaba lleno de misterios. Así pues, a nadie le molestaba que en el pueblo viviera un hombre que, según todos los indicios, era inmortal. La Semilla poseía un dominio extraordinario de la lengua inglesa y, aunque era taciturno y tendía a recurrirse a menudo, resultó ser un maestro maravilloso.

Sunuteel leyó los dos únicos textos en inglés que había en toda la región, ambos en posesión de la Semilla. Uno era un libro de antropología titulado *Enfermedades virulentas de las colonias de Marte* y el otro era un libro sobre sedimentos de roca ígnea. A pesar de la aridez de los temas, a Sunuteel le encantaba el ritmo del inglés; las palabras se unían de tal forma que le otorgaban una cualidad líquida.

—Recuerdos extraídos —anunció la voz en inglés, pero entonces se puso a enumerar otra lista y cada elemento estaba en un idioma diferente, de los cuales no entendió ninguno. Molesto, Sunuteel la escuchó un rato y ya iba a volver al menú principal cuando la voz masculina anunció con un inglés claro—: Extracto número cinco: *El libro de Fénix*.

Hizo clic.

Al principio solo oyó un silencio prolongado. El icono del pájaro apareció en la pantalla, rotando hacia la izquierda. Sunuteel contó trece rotaciones y, cuando vio que seguía igual, dirigió la mirada hacia el cielo. Azul. Despejado. Un pájaro grande, como un halcón, pasó volando por encima, bien alto; seguramente vería a Sunuteel a la perfección con su vista aguda. «Regresaré con Hussaina dentro de

dos días», pensó. «El tiempo suficiente para que deje de pensar sobre premoniciones y ángeles». Sonrió. Hussaina le prepararía emocionada un plato picante de doro wat cuando le dijera que tenía «un gran cuento que contar». A ella le encantaban las buenas historias, y esas se contaban mejor con el estómago lleno.

—Extracto número cinco —anunció de repente la voz masculina, sobresaltando a Sunuteel—. Título: *El libro de Fénix*. Número de localización: 578.

Y entonces se puso a hablar una mujer a un ritmo febril. La suave voz entrecortada fue como un conjuro poderoso, puesto que, mientras hablaba, la vista del anciano, que cada año se debilitaba, empezó a definirse. Su esposa habría reconocido lo que estaba pasando, pero Sunuteel era un hombre menos abierto a ese tipo de cosas.

Y, sin embargo, sentado en la tienda mientras observaba las palabras rojas virtuales ante él y, detrás de las palabras, la abertura de la tela que daba al desierto, se dio cuenta de que podía ver a kilómetros y kilómetros de distancia. El sudor le cosquilleaba en la frente y entre los ásperos pelos de las axilas. Escuchó. Y la primera persona en escuchar una de las muchas, muchísimas entradas del Gran Libro se asombró por la historia que oyó.

—No hay ningún libro sobre mí —dijo la voz—. Bueno, aún no. Da igual. Lo crearé yo misma, es mejor así. Para contar mi historia, emplearé las antiguas herramientas africanas del relato: la palabra hablada. Es digna de mi confianza y perdurará más. Y, en tiempos más oscuros, la palabra hablada llega más lejos que la tecleada, imaginada o escrita. Mis inicios se dieron en la oscuridad. Todos habitamos la oscuridad, los científicos locos y los spéciMen por igual. Un gran amigo mío diría que esto ocurrió cuando «la diosa Ani aún dormía». Llamaré a mi historia *El libro de Fénix*. Es fidedigna y corta, porque la aceleraron...